



Anastasia



Antes de esa última vez en la que le ofrecí mi cuerpo — empecinada por evitar su abandono— él presagió mi fracaso sin su presencia. «El del talento soy yo», repetía todo el tiempo. Me desechó, como su compañera de vida y de disciplina, por una estúpida lesión en el tobillo, misma que fue culpable del retraso que nos alejó de las competencias preparatorias para aquel Campeonato Nacional de Patinaje Artístico en el que nunca pudimos participar. Al menos, no juntos... Al menos, no yo.

Anton, por supuesto, fue el menos afectado de ambos. Él, pronto consiguió a una talentosa patinadora extranjera, bella, delgada y nada insípida. Fleur era campeona nacional, patinadora desde los nueve años y capaz de hacerlo olvidarme a través de su talento y su carisma. Desde luego, la hizo su compañera y amante en menos de lo esperado. Eso decían los rumores del momento.

Una parte de mí me hace creer que ellos se conocieron mucho antes de mi ruptura con Anton, pero no lo sé. A veces, cuando estoy demasiado acongojada de mi vida actual, rememoro un poco lo que viví con él y descubro la sarta de mentiras, abusos y traiciones que viví a su lado. Está claro que, en esa época, muchas veces mis propios problemas nublaron mi noción de lo que me

Cicatrices de Cristal

rodeaba, y pocas veces puse atención a lo que hacía, o dejaba de hacer Anton con otras personas.

Pronto, ellos fueron la pareja del momento y yo terminé por sumergirme entre las sombras del pasado. Anton me echó de su vida sin contemplación y de la manera más cruel.

Así sin más, un día llegué a la pista de hielo para uno de nuestros entrenamientos habituales, solo para enterarme que él ya estaba con ella y con un nuevo entrenador.

No fue necesario que me dijera nada, solo una mirada altiva y cínica me avisó que yo ya no era parte de él. Luego me convencí a mí misma de intentar atraerlo con sexo, aunque eso no funcionó. Él me poseyó una vez más en su departamento y luego simplemente me pidió que me marchara.

Sin embargo, pese a que me echó de su vida sin contemplación, él no hizo por salir de la mía. Su presencia entorpeció mi andar, siempre que él deseaba hacerlo. Parecía disfrutar al sabotear mi carrera como patinadora desde la distancia. Claro, el camino que debía recorrer para conseguir su reemplazo se pintaba demasiado tortuoso y así fue.

Para encontrar a mi nuevo compañero hice correr la voz de que estaba en busca de uno. Eso, al principio en mi mente, no me debió suponer ningún problema, pues como sabes, yo era una de las patinadoras más deseadas como compañera.

Pero para mí sorpresa, pocos patinadores llegaron a las citas concertadas donde yo era la anfitriona desesperada por conseguir un compañero. Los que lo hicieron, solo era para decirme que Anton me estaba desprestigiando en la comunidad —les habló de mi bulimia y mis crisis de ansiedad—, sugiriendo a los varones el no patinar conmigo pues: «era una enferma mental», una «carga

difícil de lidiar. Algo que nadie desea para su carrera». Cuánta maldad de su parte.

Cada mes transcurrido, me hundía entre la desesperación, la bulimia y la tristeza de sentirme rechazada por Anton y por otros patinadores. Todos ellos eran poco conocedores de lo sucedido entre él y yo, pero tan egocéntricos como para juzgarme, mirarme con lástima y humillarme con sus rechazos.

El sentirme repelida me orilló a tomar la decisión de alejarme del patinaje por un tiempo. Unos meses para ordenar mis pensamientos y ponerme al corriente de mis clases universitarias. Sin embargo, a veces patinaba por mera nostalgia, con suerte una hora. Otras, me derrumbaba en medio de la pista y lloraba sin poder sacar mis penas.

El rechazo de Anton me ardía en el pecho y su sabotaje a mi carrera atizaba las llamas de mi tristeza. Bajé varios kilos en semanas y mi condición deportiva comenzó a esfumarse. CANCELÉ las clases de ballet, las idas al gimnasio, las sesiones de yoga y me encerré en mi soledad.

Informé a mis entrenadores sobre mi sentir y les pedí un descanso, pues odiaba sus miradas cargadas de compasión al verme casi rogar por la atención de alguien.

Nicolás, mi entrenador más experimentado, aceptó darme mi espacio y desapareció de mi vida por varias semanas.

Por otro lado, Aida, mi entrenadora, se mostraba interesada en encajar todas las piezas del rompecabezas inconcluso de mi vida. Hacía llamadas, contactaba patinadores... De los tres, Aida ansiaba con mayor pasión encontrar un compañero que, tal vez no fuera digno de mi experiencia, pero lograra compenetrar conmigo de alguna forma.

Cicatrices de Cristal

Nunca le pregunté de dónde venía su interés, sin embargo, deduje que era más una manera de evitar volver a Estados Unidos. Por esos tiempos, ella solía contarme la razón que la llevo a huir de su país de origen; por supuesto: una desilusión amorosa.

Aida venía huyendo de un matrimonio distorsionado por la infidelidad, de ella y de su esposo y encontró en esta ciudad un refugio para sus conflictos, así como tú, en su momento. Yo nunca he entendido qué es lo que tiene a un sitio como este... ¿Qué es lo que hace de aquí el escaparate de nuestra realidad?, ¿Por qué tantas personas encontramos la calma en esta fría ciudad al norte del mundo?

En fin, su búsqueda incansable fue la que te trajo a mí esa madrugada de primavera. No sé en qué etapa del sueño estaría yo... Simplemente, mi móvil sonó varias veces antes de sacarme de un sueño profundo inducido por el consumo de Clonazepam. El único causante de las escasas 5 o 6 horas de sueño cada noche.

Cuando logré salir de uno de mis pocos refugios a mis penas, me incorporé en mi cama, suspiré y sentí un escalofrío cuando vi el nombre de Aida en la pantalla. Aida Andersen. ¿Por qué seguiría usando su apellido de casada? Cosas que nunca logré entender.

Mi sentido pesimista y mi ansiedad casi descontrolada me llevaron a pensar que me daría las gracias y se marcharía de mi lado. Mala hora para dar noticias infaustas, al menos eso pensé. Hubiera estado bien que me dejara disfrutar un poco más de mi descanso. En fin.

Pero, en cuanto acepté la llamada, la efusividad de su voz me serenó un poco.

—¡Asya! —dijo apenas contesté—. Ya tengo a tu nuevo compañero.

¿Cómo? ¿Por qué? ¿De dónde? Al menos un manojo de dudas giró por mi mente en esos segundos, pero ninguna fue resuelta.

Miré el reloj. Eran pasadas las tres de la mañana de un día de primavera y, pese a que era una buena noticia por la que Aida me hablaba, no pude evitar sentirme irritada. Estaba cansadísima después de una noche de atracones y vómitos muy difícil. No planeaba ir a entrenar a la mañana siguiente y pensaba cancelarle a Aida a la mera hora... De Nicolás poco sabía. Ya no lo hacía mucho en mi vida.

—Aida... —Bufé de desesperación.

Es decir, ¿para qué más podría hablarme si no era para decirme que me había conseguido otra cita con algún patinador?

—¡Asya! En unas horas tienes una cita con tu nuevo compañero...

Entorné los ojos, aunque ella no pudiera verla. Me mordí el labio, apreté mis nudillos muchísimo y ella, de alguna manera, entendió perfecto mi frustración.

—Espera, espera. Está muy interesado —Su voz sonó maternal, como un arropo que busca protegerte de una nueva desilusión.

—Todos lo estaban. —El brillo de la pantalla del móvil me producía náuseas. —Nadie se quedó.

—Pero él es diferente. Nació aquí, pero ha vivido casi toda su vida en México. Tiene poco menos de tres meses en la ciudad. — Eso lo dijo con un tono esperanzador tan irritante y nefasto. —Es tu compañero perfecto...

—¿Cómo lo sabes? —Me reincorporé.

Cicatrices de Cristal

—Ayer lo conocí. Era jugador de hockey —dijo para luego abrir un amplio monólogo de todas tus virtudes y pasos por la vida que te llevaron de un deporte a otro en menos de dos años.

Un ex jugador de hockey, seguramente, con poca experiencia en el patinaje artístico. Si te soy honesta, esa combinación me desagradó. Sí, me sentía absurdamente necesitada de un compañero, pero tampoco deseaba levantar cualquier porquería que nadie más quisiera.

Luego me reocriminé a mí misma: «Mírate hasta dónde has llegado. Qué patético». Mi carrera de patinadora desde los seis años parecía insuficiente. Como si toda esa experiencia la hubiera esfumado mi bulimia nerviosa. Quizás es así como las enfermedades mentales acaban con la vida deportiva de grandes figuras.

Desde luego, yo era demasiado pretenciosa en ese entonces. Un halo de superioridad invadió mi mente y la primera respuesta que salió de mi boca fue negarme a conocerte.

—¡Oh, qué maravilla! —dije con sarcasmo—. No se vaya a escapar.

La verdad es que iba a colgar la llamada, pero Aida tuvo un mejor reflejo y dijo:

—Bueno, tú sabrás si le das una oportunidad. Si estás interesada, te esperamos hoy a la hora de siempre. Nicolás, Alexei y yo, estaremos allí. —El silencio se apoderó de ese momento.

La mención de tu nombre pintó en mi mente la primera imagen tuya, poco fiel a tu apariencia verdadera. Te visualicé de estatura mediana, ojos castaños y piel morena. Y esa imagen de ti se me clavó tanto en la mente, que para cuando fue el momento de verte, me extrañó tu presencia.

—¿Anastasia?

—¡Sí! ¡Allí estaré! —grité antes de colgar.

Silencio de nuevo en mi habitación. Solo el segundero de mi reloj me acompañaba en las dilucidaciones de mi mente. Fue una sensación extraña, como cuando llevas mucho tiempo buscando trabajo, lo encuentras y de pronto sientes que, en realidad, no deseas tanto que te contraten... Como cuando buscas tanto el amor y, de repente, alguien te roba un beso y quitas por inercia el rostro para evitar otro acercamiento.

Mi mente traicionera me dijo: «En realidad, no estás lista para otro compañero. No puedes contigo misma. ¿Qué te hace creer que podrás con alguien más?» Y la madrugada se me escurrió pensando demasiado. Recordé la idea de Aida, ella me propuso patinar sola. Quizá no era tan mala idea, al menos eso pensé, ya no me sonaba tan descabellada. Esa y otras cosas las pensé y pensé con el Tic- Tac de fondo. Dándome vueltas una y otra vez hasta que amaneció. Luego, anticipé el sonido de la alarma. Uno, dos y... Sonó. Yo estaba hecha un ovillo en la cama cuando estiré mi mano y la silenció.

Podía conocerte, entablar una relación profesional y volver al mundo del patinaje de manera exitosa. Eso pensé cuando me incorporé para iniciar mi rutina de todas las mañanas. Pero seguía estando demasiado desganada. Y se reflejó en cada una de las partes de mi rutina mañanera.

Ese día desayuné más tarde de lo habitual, tomé una ducha larga y escogí sin premura mi atuendo. Ordené mis útiles, chequé mis últimas notas de la primera cátedra de ese día y tomé una taza de té verde con su sabor decorado gracias a la leche.

Incluso, para perder un poco más el tiempo, me puse a scrollear mi celular sin ningún objetivo en particular. De pronto

Cicatrices de Cristal

el sonido de algún video musical lograba sacarme del bullicio de mis propios pensamientos. Pero, de esta forma, por lo menos, perdí más de media hora de manera más o menos premeditada hasta que decidí salir de mi casa.

Antes de salir de casa, miré una foto de Anton. Acaricié su cabello rubio y corto y besé sus labios, acción que me llevó al llanto amargo invasor del momento. Idiotizada por su amor, me vi en la penosa acción de prometerle a una fotografía mi retorno con su dueño. Haría lo que fuera, pero sería visible y atractiva de nuevo para sus ojos.

Ya eran quince minutos después de la hora de la práctica cuando salí rumbo a la pista de hielo. No contesté el móvil que todo el trayecto me recordó el consciente retraso. Pero yo estaba empeñada en no pasar la humillación de verme esperando tu llegada (por si decidías no aparecer). Preferí llegar con retraso a ser de nuevo la tonta Anastasia ilusionada por un desconocido.

Por lo comentado por Aida, eras talentoso, con una trayectoria mucho menor a la mía, uno o dos años mayor que yo y bastante perseverante. Eso te pintaba como atractivo para ser mi compañero.

Aceptar si nuestros talentos podían hacer mancuerna, fue más por la convicción de encontrar que me hicieras el favor de ser mi compañero, para desanclarme del hoyo donde estaba enterrada y, con el tiempo, volar hacia Anton en un intento por recuperarlo en todos los aspectos posibles.

Pero por dentro gritaba de nervios. No soportaría otro rechazo. Ya bastante difícil era provocarme emesis por Anton como para estarlo haciendo por desconocidos, quienes de mi sufrimiento no eran nada conscientes y les mantenía sin cuidado.

Apenas entré a la pista, te vi junto a ellos y mi corazón dio un vuelco de angustia y desesperación. Siento que hasta tuve que convencerme de seguir caminando hasta donde estaban. Un ya muy típico en mí: «Sí puedes, sí puedes», retumbaba con cada paso que yo me animaba a dar.

—¿Anastasia? ¿Qué significa este retraso? Te hemos esperado por casi una hora. Íbamos a marcharnos ya. —Contrario a lo común, Aida explotó en cólera cuando me reuní con ustedes, casi a quince minutos antes del cambio de hora.

Nicolás reprobaba en silencio y tú, en la pista de hielo me sonreíste tras Aida en un intento de bienvenida cálida, incómodo para mí. Hasta recuerdo lo mucho que me irritaste con ese simple gesto. Qué patética era antes.

Eso sí, tus ojos me parecieron bastante cautivadores. Eran de un grisáceo pocas veces visto en mi vida. Eras alto y de cabello negro. Me gustó de inmediato el tono de tu piel, no tan pálido como la mía. Además, no me pareciste tan insípido como Anton. Tu presencia imponente venía de un porte que me encandiló de inmediato.

—Estaba ocupada. —Mentí.

Desvié la mirada de ti en cuanto me percaté de no haberla quitado antes.

—Permíteme... —Aida me encaró con bastante firmeza, pese a lo mucho que intentó suavizar su voz al dirigirse a mí—. Nicolás y yo estamos haciendo mucho por devolvarte a la carrera de la que te están echando. Entrarás a la pista y patinarás con él porque, en especial, tú lo necesitas. —Sí, demasiado fastidio y falta de afabilidad. Qué tormento.

—Sí, sí. A eso vine. —Aventé la maleta sin cuidado—. ¿Verdad, Alexei?

Cicatrices de Cristal

No esperé tu respuesta y me agobió escuchar a Nicolás recriminándole mi actitud a Aida como si yo no estuviera allí.

Ya no pensaba en eso cuando hice por colocarme mis patines. De tanto en tanto, levantaba la vista y tú estabas sonriéndome. Me invadió una ligera sensación de ardor en mis mejillas, presente en varios momentos de ese día, pero rechacé sentir algo por ti más allá de la rabia. Me irritabas tanto, pero sin ninguna justificación. No es que yo tuviera algún tema particular contigo, pero digamos que, me recordabas varias cosas.

No pude concentrarme durante la práctica, ni durante ningún momento posterior. Por alguna razón, no saliste de mi mente tan fácil y ansié volver a verte al día siguiente.

Por supuesto, acepté encantada estar contigo, aunque obviamente lo dije con un escueto: «Hagámoslo. Probemos algunos meses y veamos qué pasa».

No saliste de mi mente en todo ese día.

Tu amabilidad siempre circundaba la belleza del alma bastante noble que poseías. Luego de esa primera práctica, fuiste el más interesado en lograr compenetrarte conmigo a como diera lugar. Tal vez era un ímpetu derivado de tu inexperiencia como patinador. Como si agradándome pudiéramos llevarnos mejor.

Yo, por mi lado, estaba irritable en un inicio. Temía que, de buenas a primeras, te marcharas. Cada día, era un alivio verte en la pista de hielo. Casi siempre fuiste el primero en llegar.

En el hielo, ambos éramos bastante talentosos, pero yo contaba con mayor experiencia: casi toda mi vida la poseía de práctica. Tú igual, pero de forma diferente. Eso, Aida me lo hizo saber un sinnúmero de veces. Y, bueno, no me quedaba de otra más que esperar a que tú agarraras el ritmo... De manera muy interna, sí pensé en la posibilidad de encontrar otro patinador que te reemplazara.

—No podrás ir con él al Campeonato Nacional de Patinaje Artístico—. Enfatizó mi entrenadora cierto día.

—Por favor, Aida... Tal vez con mucha pasión...

—No funciona así y lo sabes. Tienen dos semanas patinando juntos. El Campeonato es en menos tiempo de lo necesario para alcanzar la coordinación deseada, y Alexei es mucho más inexperto que tú. — Expresó con contundencia—. Competencias locales serán.

Quizá mi mayor afán era el de encontrarme con Anton en dichas competencias, pero las palabras de Aida eran demasiado ciertas y yo misma terminé por admitir lo irreal de mis sueños.

Tú y yo avanzamos bien. Para ser sincera, poco tiempo después de formalizar nuestra relación deportiva, llegó a mí una propuesta seria de otro patinador, pero la rechacé. Desconcertada del porqué de mi decisión, yo misma caí en la cuenta de la comodidad transmitida por ti a mi persona, fundamentada en los pocos episodios bulímicos presentados desde nuestro primer encuentro y el ligero interés romántico percibido hacia mí.

Eso último era solo una ilusión mía basada en la cercanía de tu tacto con mi piel, el cual siempre encontraba el momento oportuno para presentarse en nuestras charlas antes o después de las prácticas.

—Entonces, ¿por qué ya no te gusta el hockey? —Interpelé alguna vez antes de entrar a la pista de hielo en una de nuestras tantas prácticas.

—Nunca me gustó —respondiste riendo—. Pero...En mi familia materna es casi una tradición. Tuve que ser claro: «Mamá, odio el hockey. Me gusta el hielo, pero odio el hockey». Por eso vine aquí. Mis padres no encuentran fascinante el patinaje como yo y les incomodan otras cosas de mí... Es mejor estar lejos.

Cicatrices de Cristal

—¿Y por qué en parejas? —Recargué mis codos en el respaldo del asiento más cercano al tuyo mientras tu te enfundabas tus patines color negro.

—Al llegar a este país, me hablaron de una bella patinadora y su interés en conseguir un compañero —dijiste al acariciar con ternura mi barbilla.

No era el primer comentario de ese estilo hecho por ti. De hecho, casi de inmediato, entre ambos surgió una extraña atracción, para la que yo no estaba lista, pues mis pensamientos permanecían anclados a la añoranza de Anton. Pero me gustaba tu presencia y me inspirabas confianza y protección.

—Hablas en serio?

—Antes tuve una compañera y...

—¿Y te gustaba? —pregunté por celos repentinos y extraños para mí.

—¿Gustarme? ¿En qué aspecto? —Tu ceño se frunció muchísimo.

—Pues en el romántico o sexual. ¿En cuál otro?

—No... No tendría por qué. Es muy inteligente y talentosa, pero... —. Tomaste tu segundo patín e introdujiste tu pie izquierdo—. Éramos bastante sincronizados, sin embargo, nuestra relación deportiva no estaba destinada a durar.

—¿Te gustó alguna vez? —Evadí tu justificación y me centré en conseguir respuesta a mi cuestionamiento.

—No, Duquesa. Eso es diferente para mí. —Al soltar eso, tu gesto inmediato fue el de callar.

—¿Por qué? ¿Eres gay? —pregunté con desilusión sincera, pero no entendí por qué.

Sonreíste. Retiraste los cabellos de mi rostro y me interrogaste.

—¿Tú qué crees?

—Qué sí. —Afirmé con verdadera desilusión y, de seguro, mis ojos bofos de fastidio.

—¿Por qué no tienes compañero? —Evadiste el tema—. ¿Qué sucedió con el rubio?

—Anton es un estúpido. ¿Eres gay o no?

Soltaste una carcajada cautivadora para mí, pero tu respuesta se perfiló como un silencio prolongado por dos o tres minutos.

—Hablo en serio. —Insistí.

—Tal vez, pensando en lo profesional, ustedes no funcionaban —comentaste al colocarte de pie y entrar a la pista.

Yo entré primero gracias a tu afán por siempre darme el pase. Como si yo mereciera pasar primero siempre. Pocas veces vi ese comportamiento en Anton. De hecho, pocas veces lo vi con cualquiera que fuera mi pareja.

—¿No funcionamos? Él y yo éramos imparables. ¡Los mejores! Pero es un idiota. —No hice por darte la espalda, pues patiné frente a ti hasta llegar al centro de la pista.

—¿Tuvieron algo romántico? —Frenaste en seco.

—¿Por qué lo dices?

—Te percibo sensible.

El tema, por supuesto, me entristecía. Pero, de manera extraña, estar contigo era beneficioso. Pensaba en él, pero me seducía tu grado de inexperiencia en las relaciones sentimentales. Encontraba

Cicatrices de Cristal

fascinante de indagar ese aspecto tuyo y, hasta cierto punto, me instaba a acercarme más a ti.

No tuve la oportunidad de responderte pues, sin avisar, te enfocaste en iniciar el calentamiento para la sesión y hasta allí llegó esa plática.

Mas el tema no concluyó allí para mí. Para ese momento, rara vez salíamos de la práctica juntos. Siempre preferiste ir por tu lado y yo por el mío, pese al hecho de ambos dirigirnos siempre al estacionamiento.

Pero ese día me mantuve deseosa de indagar un poco más sobre tu vida. Necesitaba hacerlo porque, si bien amaba a Anton, tú me atraías y no tenía afán de hacerme ilusiones como tonta, si mis sentimientos no eran correspondidos al final. Mi intuición me dictaba que debía, sí o sí, aclarar ese tema contigo.

Así que, pese a nuestra despedida al concluir la práctica, apresuré mi ducha y salí de los vestidores lo antes posible, dispuesta a alcanzarte y aclarar nuestra charla.

No te encontré dentro de la pista, entonces corrí para alcanzarte al estacionamiento, con el corazón galopándome como un potrillo desembocado, que está en los primeros días de su vida, ansioso por comerse el mundo.

—¡Alex! ¡Alex! —grité a tus espaldas al verte a punto de abordar tu automóvil plateado.

Cerraste la puerta y fuiste a mi encuentro. Tomaste mi maleta, mis patines y yo te señalé mi automóvil —ubicado a un par de filas del tuyo— al cual te dirigiste para depositar mis artículos en la cajuela.

—De verdad, Alex ¿eres o no gay? —Inquirí de nuevo.

—¿Por qué te importa? —Refutaste sin ánimo de contradecirme, pero con sincera curiosidad.

No me mirabas y eso me producía una sensación de enojo. Odiaba sentirme rechazada o ignorada, aunque, muchas veces, ninguna de las dos cosas estuviera sucediendo.

—¡Yo siempre quiero saber todo lo relacionado con mi equipo!

—Ah... ¿Y sabes cuál es la orientación sexual de Aida? ¿O la de Nicolás?

Recargaste tu cuerpo en la cajuela de mi vehículo y tus ojos grises se enfocaron en mí, acompañados por tu sonrisa sincera, un tanto burlona, por supuesto. Expectante a cualquier comentario que yo quisiera decir.

—Ah...Yo... ¿Eso por qué importaría? —pregunté poco antes de caer en cuenta de mi contradicción—. ¡Demonios!

Tú soltaste otra carcajada sincera, propiciadora de la mía.

—Duquesa, solo soy algo insípido en esos temas.

—Ah...—Quizás eso me desilusionó más—. ¡Entonces tú nada de nada! ¡Con nadie!

—...No. No tanto así. Si la insistencia es para saber si puedo enamorarme de ti, la respuesta es: «sí».

Los colores se me subieron al rostro ante tu franqueza y desinhibición. Es decir, sí: el afán era conocerte y saber qué tanto podrías interesarte en mí, pues me gustabas. No con pasión y fuerza similar a cuando me enamoré de Anton, pero de manera significativa. Al menos que sirvieras para distraerme un poco. Necesitaba olvidarme de Anton o, en todo caso, sentirlo más lejos de mí.

Cicatrices de Cristal

—¡Hasta mañana, Alex! —Atiné a decir antes de girarme para evitar mirarte de nuevo.

Tú soltaste otra bella carcajada, acompañante de mi escape.

El tema no apareció en los días subsecuentes. Me atrevo a asegurar lo lejano que me figuraste y lo incomprensible (para mí) de ese aspecto tuyo. Sin embargo, tú me aclaraste algunas cosas. «A veces sí experimento deseo sexual, pero es algo esporádico», dijiste alguna vez. Abriste tu corazón a lo extraño que te sentiste frente a muchos de tus conocidos y familiares, y cómo aprendiste a lidiar con eso. No era falta de libido lo tuyo, sino simple desinterés por intimar. «Sí me he enamorado. De mujeres y de hombres por igual», aclaraste.

Condicionada por mi anterior relación con Anton (donde lo sexual era clave para la estabilidad), en mi mente, lo único escuchado por mí era: «Basta, Asya. Ya está muy claro. No funcionará nada. Además, solo son compañeros de disciplina», he hice por abandonar mis falsas ilusiones.

Pero fue difícil: eras demasiado cálido conmigo, amable, sincero y poco a poco lograste una cercanía poco vista por otros de mis amigos más íntimos. El dolor por el rechazo de Anton me volvió un ser voluble y difícil, que dirigía sus emociones a ti.

La esperanza de generarte algún interés estaba perdida, hasta ese día, cuando compartimos un sincero beso (nada apasionado) antes de entrenar. Nos sonreímos y nos besamos de nuevo, con el frío de la pista de fondo.

«Si la insistencia es para saber si puedo enamorarme de ti, la respuesta es: “sí”», escuché en mi cabeza un ciento de veces ese día mientras mis labios, por fin, se unían a los tuyos.

Y sí, me estaba enamorando de ti.

En un principio, rara vez hablábamos del tema. Era como si besarnos ocurriera en otra dimensión. Y era verdad, eras demasiado insípido. Para esas alturas, en la relación con Anton, yo ya estaba en su cama casi todas las noches, quisiera o no. Así se manejaban las cosas entre él y yo. Pero entre nosotros todo marchaba con bastante calma. Tanta que me confundía.

Y sí, me sentaban bien aquellos besos compartidos en distintas ocasiones. Como ese, robado ante la distracción de Nicolás y Aida, mientras ellos revisaban una y otra vez nuestra rutina. Me dejaste temblando toda la práctica, para instar mi huida apenas concluyó. Mera vergüenza, como si fuera una muchacha adolescente con escaso conocimiento del amor.

Tras una constante de días buenos gracias a la inherente atracción entre ambos; a las pocas semanas de estar juntos me proclamé estar curada de mi ansiedad y bulimia. Llevaba tiempo sin devolver nada. Comía sin sentirme culpable. Tú y yo funcionábamos como pareja... Mi vida estaba bien por primera vez desde el abandono de Anton.

Por periodos medianos, logré deshacerme de la necesidad de devolver todo lo que apenas tocaba mi estómago. Pero llegó ese día, cuando descubriste el porqué de mi delgadez y mi (en ese momento, esporádica) necesidad de ir al baño tras cada ingesta.

Nuestra compenetración, el apetito anhelante de sentir tus labios, la emoción de al fin estar saliendo del bache en el que Anton me estaba hundiendo se esfumaron aquel día que me lo encontré besándose con su famosa extranjera.

En un instante, regresó la melancolía tortuosa por mis recuerdos de él echándome de su vida por lesionarme accidentalmente.

Cicatrices de Cristal

Encontrarnos en la pista era pan de cada día. A veces, bastaba con desviar la vista de su paso, otras él hacía por decir algún comentario grosero que me apachurraba el corazón, pues aún lo amaba. Mi corazón latía por él, pese al interés sincero despertado hacia ti.

Ese día regresó la ansiedad. Estaba ansiosa por vomitar el desayuno ligero de esta mañana y, de una vez, la imagen de Anton besando a esa francesa de cuerpo espectacular.

Deseaba tener su talento, su belleza, su cuerpo... Anhelé ser tan delgada como ella, poseer el amor de Anton de nuevo y saberme amada por él.

Yo era capaz de tolerar sus prácticas previas —y en la misma pista— donde tú y yo nos encontramos cada mañana para ensayar una y otra vez nuestra rutina. Podía tolerar la presencia preciosa de su compañera, su urgencia de restregármela por ser ella su nueva mujercita, pero no la visión de verlos besarse frente a mis narices, cierto día que llegué temprano a practicar.

Recuerdo perfectamente ese momento. Desvié la mirada con premura al ella pasar a un lado de mí. No deseaba ver más.

—¿Están juntos? —Anton preguntó tras de mí poco después.

Decidí ignorarlo. Continué sacando mi maleta y el par de patines de la parte trasera de mi auto. Mas me temblaba el cuerpo, y sentía el ansia de suplicarle que me exonerara del castigo impuesto a mí con tanto dolo.

—Me ha llegado un rumor... Te estás enamorando de tu compañero... Eso no es muy profesional de tu parte —dijo a mis espaldas.

Su cinismo fue tan demoledor como hiriente.

—Anton... Te vi casi caer en pleno doble Axel el otro día —dije al encararlo con una sonrisa hipócrita en el rostro, pero con las piernas temblándome—. Eso no es muy profesional de tu parte.

—Me llegaron rumores... Tu tobillo. Mejoró, ¿cierto? —dijo desviando el tema.

—Eso es obvio, Anton. Lo verías si no estuvieras tan ocupado espiando mis sesiones de entrenamiento.

—¿Qué espiaría? ¿La obviedad de la inexperiencia de tu compañero?

Eso me irritó tanto. Pero, aun así, anhelaba besarlo y sentir de nuevo su piel junto a la mía, aun cuando a veces eso significaba la presencia del dolor en mi vida.

—Bueno, sí patinas con mayor soltura.

Anton hizo una señal evidente hacia mi pie izquierdo, invasora de mi estabilidad. Por fuera, estaba serena, un tanto altanera. Por dentro, soñaba a diario con volver con él. Eso no te lo expresé con honestidad, pero también estaba demasiado claro para ti. Nunca te engañé del todo.

No respondí y me eché a andar hacia la entrada de la pista. Él me siguió por la espalda.

—Es posible que ya te hayas curado.

—Sí... —dije con la voz temblando.

Anton empujó la puerta que yo intenté abrir para entrar a la pista y colocó una mano para detenerla e impedirme entrar.

—Entonces considera mi invitación. Podemos volver a patinar juntos.

—¿De verdad?

Cicatrices de Cristal

Mi incredulidad delató mi obvia ingenuidad hacia sus palabras. Hasta me imagino verme a mí misma con una sonrisa nerviosa o con la boca excesivamente abierta. Qué ridícula era.

—Yo te sigo esperando a ti...

—Eso es una mentira... Tú estás con ella.

—Solo en el hielo.

—Esa es otra ment... —Anton acercó su boca y plantó en mis labios un beso bastante insípido.

Yo, en cambio, sí me derretí en sus labios. Lo jalé para atraerlo y evitar el desvanecimiento de un instante destinado a la nada. Claro, su necesidad de mí no era similar a la sentida por mí hacia su persona. Me apartó en poco tiempo.

—Pero reconsidera volver a estar... Un poco más delgada. — Sus dedos pellizcaron mis caderas con fuerza mientras sostenía la mirada con una especie de reproche en ella.

Y se alejó sin más.

No pude contener ese desatinado par de lágrimas bajando por mis mejillas cuando, al girar la cabeza para seguir su rumbo, lo descubrí lanzándose directo a los brazos de su compañera que lo estaba esperando.

De nuevo la insatisfacción se hizo presente. Palpé mi vientre, mis caderas y me percibí abultada. Un amplio nudo en mi estómago se formó y regresó la conocida sensación de asco en mi garganta.

Apenas crucé la puerta para ingresar a la pista, corrí a uno de los retretes en los vestidores.

Estrellé mis rodillas en el piso, retiré la tapa del baño e introduje un par de dedos en mi garganta. Lo más profundo posible. Los

movía al ritmo de mi ansia y mi cuerpo respondió con horcadas cada vez más fuertes hasta la llegada de una fuerte emesis. Atontada, los introduje de nuevo hasta lograr la segunda horcada violenta, cuyo final expulsó de mi boca la segunda emesis.

Volví a hacer lo mismo, introduje mis dedos lo más hondo permitido por mi mano para repetir el vaivén conocido.

—Duquesa, ¿qué tanto charlabas con...?

Antes de poder levantarme al escuchar tu voz, tus pasos se apresuraron hasta llegar a mí. Yo me intenté incorporar, pero era tanta mi necesidad de seguir vomitando...

Tú no actuaste como mi hermano, mis padres, mi madre o incluso Anton. No interferiste entre yo y mi necesidad por sacar la comida de mi cuerpo y no mostraste asco y desdén. Solo retiraste mi cabello rubio para evitar que siguiera ensuciándose hasta el término de la última horcada.

Luego me cargaste, con hilos de saliva y sangre saliendo de mi boca, expulsados por mis débiles tosidos.

Me llevaste hasta el lavabo del baño de los vestidores y me ayudaste a limpiar mis manos, mi cara y las hebras de mi cabello. Mi reflejo me hizo volver a ver a esa muchachita adolescente devolviendo la mitad de cada comida, buscando información, trucos, formas de pasar desapercibida ante los ojos de los demás.

—¡Quítate! —Te grité aun cuando no terminaste de limpiarme la cara, las lágrimas negras escurridas por mis mejillas, el cabello mojado...

Estabas con la duda silenciosa clavaba en tu rostro, pero no me juzgaste...

Cicatrices de Cristal

Aun cuando el amor entre ambos nos unió y me ayudó a superar mi bulimia, por períodos más o menos prolongados, esta apareció en mi vida de tanto en tanto.

—¡No necesito tu ayuda! —grité antes de derrumbarme en tus brazos.

La práctica fue lo más difícil de ese día. Por supuesto, nuestros entrenadores no sabían nada. Ellos estaban más preocupados por modificar la rutina y, para mi fortuna, pasaron más tiempo en eso. Casi no interactuaron conmigo.

De nuevo me escabullí apenas terminamos. Pasé largo tiempo en los vestidores. Cerca de media hora para eliminar el aroma ácido que el vómito había dejado en mi cabello y evitarte lo más posible.

Pero tú estabas allí a mi salida. Tan solo vislumbraste mi presencia, yo giré la cabeza y continué mi camino. No deseaba hablar contigo de nada.

—Duquesa... —Me llamaste cuando salí de los vestidores con ese cálido mote tan odiado por mí en un principio.

—No quiero hablar de eso, Alex...

—No, no... Debemos hablarlo. —Detuviste mi paso ante mi mirada lasciva.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Si soy bulímica? ¡Sí! —Te grité ante tu semblante sereno—. ¿Por qué crees que soy un fracaso? —Esas primeras lágrimas salieron con dolor—. Anton no dejó de desprestigiar me y decirle a todo patinador interesado en estar conmigo que soy una enferma mental. Debido a tu procedencia, el rumor no llegó a tus oídos y por la mera bondad de Nicolás y Aida de no decirte nada. —Limpié mis lágrimas antes de encararte de

nuevo—. ¿Quieres marcharte? ¿No quieres patinar más conmigo? ¡Entonces vete!

—No, no es eso... —Me tomaste por los codos y evitaste de nuevo mi huida.

—¿Entonces para qué me cuestionas? Tan solo gira la cabeza como lo hacen todos. Ignóralo —dije en un grito al momento de zafarme de ti con una sacudida repentina y violenta.

—No puedo hacer eso...

—¿Por qué no?

—Porque te quiero.

No supe qué contestar, ¿qué podría contestar? Sí me encandilaba un aprecio y una atracción sincera por ti, pero ¿amor? No. Mi corazón estaba cargado de Anton. No existía cabida exclusiva para ti en esos momentos. Además, no estaba segura de tu sinceridad.

—Y no debes sentir por mí nada similar, si no lo deseas. Yo decidí quererte a ti.

—Tú a mí no me quieres. No puedes querer a nadie —dije con prepotencia.

Solté un llanto aún más amargo que el anterior. La sombra de Anton opacó ese momento pretendido por ti como especial. Me decanté por hundirme en tus brazos, llorar, decir palabras inaudibles y gemir con dolor hasta alzar la voz lo suficiente para decir:

—Yo lo amo a él, pero no quiero seguir haciéndolo, Alexei. Y no sé cómo dejar de hacerlo.

Después de esa primera vez, cuando me viste devolver el estómago como una posesa, se vino una serie de veces en las cuales

Cicatrices de Cristal

tú fungías como esa persona dispuesta a detenerme el montón de cabello cada que necesitaba vomitar una a una las tristezas acarreadas por Anton a mi vida.

No tardaste en identificar de qué iba todo esto, ni mis miradas escurridas en las escenas donde Anton y su nueva amante eran los protagonistas cuando los encontrábamos.

Luego me sugeriste cambiar de pista. Habiendo tantas, no entendías la razón por la cual seguíamos estando en la misma donde practicaba ese hombre tan odiado por ti y por mí.

Yo acepté dubitativa. Eran tantas mis ansias de Anton... Vivía anhelando los encuentros con él y escuchar de nuevo su invitación a ser su pareja.

Pero, en definitiva, el no verlo puso en pausa mi sufrimiento y comencé a sanar a pasos pàrvulos cada uno de mis traumas. Dejé de devolver cada ingesta y mi corazón se dispuso a darse una oportunidad contigo, pese al obsesivo amor hacia la irreal figura de Anton albergada en mi corazón.